



## ***La inocencia castigada*** **María de Zayas y Sotomayor (1590-1661)**

La historia que paso a narrar tuvo lugar en una ciudad cerca de la gran Sevilla, pero no quiero nombrarla, porque aún viven en ella hoy parientes y amigos muy cercanos de don Francisco, caballero principal y rico, casado con una dama de igual condición. Este tenía una hermana famosa por ser una de las hermosas mujeres que en toda Andalucía se hallaba, cuya edad aún no llegaba a diez y ocho años. Sucedió que un caballero de la misma ciudad, no inferior a su calidad ni menos rico, la pidió en matrimonio a don Francisco quien, muy contento, lo comunicó a su mujer y a doña Inés, su hermana. Doña Inés, que consideraba a su hermano como un padre al que obedecía y por el que sentía un amor reverencial, aceptó el casamiento, quizá no tanto por él como por salir de la rigurosa condición de su cuñada, que era más cruel con ella de lo que se puede imaginar. De manera que, antes de dos meses, se halló, por salir de un cautiverio, puesta en otro martirio, si bien con la dulzura de las caricias de su esposo, que hasta en eso, al principio, no hay quien gane a los hombres: se dan tan buena maña que tengo para mí que las gastan todas en el primer año y, después, hacen morir de pura necesidad de ellas a sus esposas.

Gozaba la bella dama de una vida gustosa y descansada, con un marido de lindo talle y mejor condición, si le durara; pero, cuando sigue a uno una adversa suerte, por más que haga no podrá librarse de ella. Y fue que, siendo doncella, jamás salía a la calle, debido a la terrible condición de su hermano y de su cuñada, mas, ya casada, salía a menudo por la ciudad, ya acompañada de su esposo, ya con las parientas y amigas. Entonces fue vista de todos los caballeros, unos alabando su hermosura y la dicha de su marido en merecerla, otros envidiándola y sintiendo no haberla escogido para sí, y otros amándola ilícita y deshonestamente, pareciéndoles que, con sus dineros y galanterías, lograrían seducirla.

Uno de ellos fue don Diego, caballero mozo, rico y libre, a quien no se le iban por alto ni por remontadas las más hermosas garzas de la ciudad. Don Diego se enamoró de doña Inés, y debió ser de veras, pues con loca desesperación daba a entender su amor por su continua presencia en su calle, en las iglesias y en todas las partes a las que podía seguirla. Amaba, en fin, sin juicio, pues no atendía a la pérdida que podía resultar del honor de doña Inés con tan públicos galanteos. Don Diego cantaba y tenía otras habilidades, y daba muestras de ellas en la calle de doña Inés. Y ella y sus criadas, y su mismo marido, salían a oírlas, creyendo que se dirigían a una de las dos damas que vivían más abajo de su casa, doncellas y hermosas, mas con libertad. La inocente dama, que solo amaba a su marido, no se daba cuenta de ello, pues, si hubiera sospechado otra

cosa, seguro que no se hubiese dejado ver. Don Diego, cuando el esposo de doña Inés o sus criados le veían, daba a entender lo mismo que ellos pensaban, y con este cuidado, cantó una noche, sentado a la puerta de la dicha dama, el romance que sigue:

Como la madre a quien falta  
el tierno y amado hijo,  
así estoy cuando no os veo,  
dulcísimo dueño mío.

Los ojos, en vuestra ausencia,  
son dos caudalosos ríos,  
y el pensamiento, sin vos,  
un confuso laberinto.

¿Adónde estáis, que no os veo,  
prendas que en el alma estimo?  
¿Qué oriente goza esos rayos,  
o qué venturosos indios?

Si en los brazos del Aurora  
está el Sol alegre y rico,  
decid: siendo vos aurora,  
¿cómo no estáis en los míos?

Salís, y os ponéis sin mí  
ocaso triste me pinto,  
triste Noruega parezco,  
tormento en que muero y vivo.

Ahora que no me oís,  
habla mi amor atrevido,  
y cuando os veo, enmudezco  
sin poder mi amor deciros.

Quisiera que vuestros ojos  
conocieran de los míos  
lo que no dice la lengua,  
que está, para hablar, sin bríos.

Mas porque no lo ignoréis,  
siempre vuestro me eternizo;  
siglos durará mi amor,  
pues para vuestro he nacido.

Alabaron el romance todos, incluida doña Inés, quien, como no entendía que era ella la causa de las bien cantadas y lloradas penas de don Diego, no se sentía agraviada. El caballero, viendo que no daba un paso adelante en su pretensión de conquistar a doña Inés, andaba confuso y triste, no sabiendo cómo declararse a la dama y temiendo de su indignación alguna áspera y cruel respuesta. Una mujer que vivía en la misma calle, en un aposento enfrente de la casa de doña Inés, algo más abajo, notó el cuidado de don Diego con más sentimiento que su amada y luego conoció el secreto, y un día que lo vio pasar, llamó a don Diego y, con cariñosas razones, le procuró sacar la causa de sus desvelos.

Al principio negó don Diego su amor, por no fiarse de la mujer; mas ella, como astuta, le dijo que no se lo negase, que ella conocía su pena y que si alguna en el mundo le podía dar remedio era ella, porque su señora doña Inés, a quien conocía desde antes de casarse, le hacía mucha merced, dándole entrada en su casa y comunicando con ella sus más escondidos secretos. Finalmente, ella lo pintó tan bien y con tan finos colores que don Diego confesó de plano toda su voluntad, pidiéndole diese a entender a la dama su amor y ofreciéndole, si se veía admitido en casa de doña Inés, grandes ganancias. Y para engolosinarla más, quitándose una cadena que traía puesta, se la dio. Era rico y deseaba alcanzar su afán y, por ello, no reparaba en nada. Ella recibió la cadena y le dijo que no se preocupase y que anduviese por allí, que ella le avisaría, pero que no quería que nadie le viese hablar con ella, para que no se descubriese su relación. Cuando don Diego se marchó, la mala mujer, muy contenta, se fue a casa de unas mujeres de oscura vida que ella conocía, y escogiendo de entre ellas una, la más hermosa, y que así en el cuerpo como en el garbo se pareciese a doña Inés, la llevó a su casa, comunicando con ella el engaño que quería hacer y escondiéndola donde de nadie fuese vista. Entonces pasó a casa de doña Inés, diciendo a las criadas dijese a su señora que una vecina de enfrente quería hablar con ella. Doña Inés la mandó entrar y ella, con la labia necesaria para la ocasión, después de haberle besado la mano, le suplicó le hiciese merced de prestarle por dos días aquel vestido de damasco pardo que traía puesto, porque se casaba una sobrina suya. Y que se quedase en prenda de él una cadena, que era la misma que le había dado don Diego. No anduvo muy descaminada en pedir a doña Inés aquel vestido, porque, como era el que doña Inés ordinariamente se ponía, pudiese don Diego dejarse llevar de su engaño. Doña Inés era afable, y como la conoció por vecina de la calle, le respondió que aquel vestido estaba ya ajado, que otro mejor le daría.

-No, mi señora -dijo la engañosa mujer-, este basta, que no quiero que sea demasiado costoso, que parecerá que no es mío, y los pobres también tenemos reputación. Y quiero yo que los que se hallaren en la boda piensen que es mío, y no prestado.

Doña Inés alabó el pensamiento de la mujer, y mandando traer otro vestido, se lo puso y entregó el que llevaba puesto hasta entonces a su vecina, que lo tomó contentísima, como si fuera un tesoro, dejando en prenda la cadena que doña Inés aceptó. Con esto, la

mala mujer aguardó a que viniese don Diego y ella, con alegre rostro, le recibió diciendo:

-Esto sí que es saber negociar, caballero bobillo. Si no fuera por mí, toda la vida te pudieras andar tragando saliva sin remedio. Ya hablé a tu dama y la dejo más blanda que una madeja de seda floja. Y para que veas lo que me debes y en la obligación que me estás, esta noche aguarda a la puerta de tu casa, que ella y yo te iremos a hacer una visita, porque es cuando su marido se va a jugar a una casa de conversación donde está hasta las diez. Doña Inés dice que, por el decoro de una mujer de su calidad y casada, no quiere ser vista y ruega que no haya criados ni luz; mas yo, que soy muy apretada de corazón, me moriré si estoy a oscuras, así que, ordena a los criados que enciendan un farolillo que dé luz, pero que esté sin ella la parte adonde hubieres de hablar con doña Inés.

Todo esto hacía porque pudiese don Diego reconocer el vestido, y no el rostro, y se engañase. El enamorado mozo abrazaba a la falsa y cautelosa tercera, ofreciéndole de nuevo suma de interés. En fin, él se fue a aguardar su dicha y ella, él ido, vistió a la moza que tenía apercebida con el vestido de la desdichada doña Inés, aderezándola al modo en que la dama usaba y, de esta forma, parecía la misma doña Inés, con lo que estaba muy contenta de haberle salido tan bien la invención.

Poco antes de anoecer, se fueron a casa de don Diego, quien las estaba aguardando a la puerta, haciéndosele los instantes siglos. Viéndola y reconociendo el vestido, por habérselo visto ordinariamente a doña Inés, como venía tapada y era ya cuando cerraba la noche, la tuvo por ella. Y loco de contento, las recibió y entró en un cuarto bajo, donde no había más luz que la de un farol que estaba en la antesala. La vil tercera se quedó en la sala de afuera y don Diego, tomando por la mano a su fingida doña Inés, la condujo hasta la alcoba, donde se sentaron sobre una cama de damasco. Gran rato se pasó don Diego en engrandecer la dicha de haber merecido el favor de la dama, mientras que la muchacha que hacía el papel doña Inés, bien instruida en lo que había de hacer y decir, le respondía a propósito. Don Diego, bien ciego en su engaño, quedó, con ello, más enamorado de su doña Inés que antes y, así, cargándola de joyas de valor, y a la tercera de dinero, se despidieron, rogando el galán a su amada señora que le volviese a visitar presto, y ella prometiéndole que, sin salir de casa, la aguardase cada noche, que si hubiese oportunidad de verse, no la perdería. Él se quedó gozosísimo y ellas se fueron a su casa, contentas y aprovechadas a costa de la honra de la inocente y descuidada doña Inés. De esta forma, visitaron a don Diego algunas veces en los quince días que dispusieron del vestido. La última noche que se vieron con don Diego, le dieron a entender que el marido de doña Inés había dado en recogerse temprano y que era necesario ser prudentes durante algunos días, porque les parecía que sospechaba algo. Se despidieron, pues, quedando don Diego tan triste ahora como alegre la primera vez que las vio. Con esto, se devolvió el vestido a doña Inés, y la fingida y la tercera repartieron la ganancia, muy contentas con la burla.

Don Diego paseaba a menudo por la calle de doña Inés y, cuando la veía, aunque notaba que la dama no le hacía caso ni le prestaba atención, pensaba que era a causa de mantener el recato que venía al caso, y sufría su pasión sin atreverse a más que a mirarla. Otras veces hablaba con la tercera y esta le decía que su marido estaba cuidadoso y que era necesario seguir obrando con prudencia. Un día, viéndose importunada de don Diego, quien le pedía llevase a doña Inés un papel, la tercera le dijo que no se cansase, porque la dama, o por miedo de su esposo, o por arrepentimiento, no consentía que le hablase de nada relacionado con don Diego, y aún llegaba a más, pues le negaba la entrada en su casa. En esto se ve cuán mal la mentira se puede disfrazar en traje de verdad, pero, aunque lo hace, es por poco tiempo.

Quedó tan triste don Diego con esto que fue milagro no perder el juicio y, en mitad de sus penas, por ver si podía hallar alivio, se decidió a hablar con doña Inés para saber de ella misma la causa de tal desamor y tan repentino. Y así, no faltaba de día ni de noche en su calle hasta hallar la oportunidad de hacerlo. Un día que la vio ir a misa sin su esposo (novedad grande, porque siempre la acompañaba), la siguió hasta la iglesia y, arrodillándose junto a ella lo más cerca que pudo, si bien con gran turbación, le dijo:

-¿Es posible, señora mía, que vuestro amor fuese tan corto y mis méritos tan pequeños que apenas cuando nació murió? Si las mujeres de calidad dan mal pago, ¿qué se puede esperar de las comunes? Cuando os miro, no os dignáis favorecerme con vuestros hermosos ojos, pero, cuando os tuve en mis brazos, me jurasteis mil veces por ellos que no me habíais de olvidar.

Doña Inés, admirada de lo que le decía, lo miró y dijo:

-¿Qué decís, señor? ¿Deliráis o me confundís con otra? ¿Cuándo estuve en vuestros brazos ni juré de no olvidaros? Porque mal puedo olvidar lo que jamás he vivido ni puedo amar y luego aborrecer lo que nunca amé.

-¿Cómo, pues, queréis negar que no me habéis visto ni hablado? -replicó don Diego. Decid que estáis arrepentida de haber ido a mi casa, y no lo neguéis, porque no lo podrá negar el vestido que traéis puesto, el mismo que llevasteis, ni lo negará fulana, vecina de enfrente de vuestra casa, que fue con vos.

Cuerda y discreta era doña Inés, y oyendo del vestido y de la mujer, aunque turbada y medio muerta de un caso tan grave, cayó en lo que podía ser, y volviéndose a don Diego, le dijo:

-¿Cuánto tiempo hará de eso que decís?

-Poco más de un mes -replicó él.

Con lo cual doña Inés acabó de todo punto de creer que le habían hecho algún engaño durante el tiempo en que el vestido estuvo prestado a la misma mujer. Y por averiguarlo mejor, dijo:

-Ahora, señor, no es tiempo de hablar más de esto. Mi marido ha de partir mañana a Sevilla a la cobranza de unos pesos que le han venido de Indias, de manera que, a la tarde, estad en mi calle, que yo os haré llamar, y hablaremos largo y tendido sobre lo que me habéis dicho. Y no digáis nada de esto a esa mujer, que importa encubrirlo de ella.

Don Diego se fue muy gustoso por haber negociado tan bien, mientras que doña Inés quedó triste y confusa. Finalmente, su marido se fue al día siguiente, como ella dijo, y entonces doña Inés envió a llamar al Corregidor. Y venido este, le llevó a un lugar de la casa desde donde pudiese oír lo que pasaba, diciéndole convenía a su honor que fuese testigo y juez de un caso de mucha gravedad. Y llamando a don Diego, le dijo estas razones:

-Cierto, señor don Diego, que me dejasteis ayer puesta en tanta confusión que, si no hubiera permitido Dios la ausencia de mi esposo en esta ocasión, que con ella he de averiguar la verdad y sacaros del engaño y error en que estáis, pienso que hubiera perdido el juicio o yo misma me hubiera quitado la vida. Y así, os suplico me digáis muy por extenso y despacio lo que ayer me dijisteis brevemente en la iglesia.

Admirado don Diego de sus razones, le contó cuanto con aquella mujer le había pasado, las veces que doña Inés había estado en su casa, las palabras que le había dicho, las joyas que le había dado. Ante lo que doña Inés, admirada, le contó cómo durante ese tiempo había estado el vestido en poder de esa mujer y cómo le había dejado en prenda una cadena, atestiguando con sus criadas la verdad, y cómo ella no había faltado de su casa, ni su marido iba a ninguna casa de conversación, antes bien se recogía con el día. Y que ni conocía a la tal mujer, sino solo de verla a la puerta de su casa. Con lo cual don Diego quedó embelesado, como los que han visto visiones, y avergonzado de la burla que se había hecho de él, pero aún más enamorado de doña Inés que antes.

A esto salió el Corregidor, y juntos fueron a casa de la desdichada tercera, que al punto confesó la verdad de todo, entregando algunas de las joyas que le habían tocado de la partición y la cadena, que se devolvió a don Diego. La mujer fue condenada a recibir doscientos azotes por infamadora de mujeres principales y honradas, y a ser desterrada por seis años de la ciudad, con lo que doña Inés quedó satisfecha en parte. Don Diego, sin embargo, reanudó sus paseos y sus músicas por la calle de doña Inés y esto con más

confianza, pues le parecía que ya había menos que hacer, supuesto que la dama sabía de su amor. Y lo que más le debió de animar fue no creer que no había sido doña Inés la mujer a la que había gozado, antes al contrario, don Diego seguía pensando que, arrepentida doña Inés, lo había negado y que la mujer que había actuado de tercera, de miedo, había aceptado la pena impuesta por el Corregidor.

Con este pensamiento la galanteaba más atrevido, siguiéndola si salía de su casa y hablándole si hallaba ocasión, con lo que doña Inés, aborrecida, ni salía a misa, ni se dejaba ver del atrevido mozo que, con la ausencia de su marido, se tomaba más libertades con ella de las que eran menester, pasando sus atrevimientos a desvergüenzas. Sintió tanto doña Inés entender que aún no estaba don Diego cierto de la burla que aquella engañosa mujer le había hecho en desdoro de su honor que, al punto, le envió a decir con una criada que se fuese con Dios sin andar haciendo escándalos ni publicando locuras.

El malaconsejado mozo, desesperado, se fue entonces a su casa, donde estuvo muchos días en cama y, viéndose morir de pena, mandó buscar por toda la ciudad a un moro que, según había oído decir, era gran hechicero y nigromántico, para obligar a doña Inés a que le quisiese, aunque fuera con encantos y hechicerías.

Hallado el moro, se encerró con él, dándole larga cuenta de sus amores desdichados y pidiéndole remedio contra el desamor y desprecio que hacía de él su dama, tan hermosa como ingrata. El nigromántico agareno le prometió que, dentro de tres días, la dama se le vendría a su poder y, en el tiempo convenido, vino a su casa y le trajo una imagen de la misma figura y rostro que doña Inés, cuyo tocado se remataba con una vela. Doña Inés estaba desnuda y con las manos puestas sobre el corazón, descubierto y con un alfiler grande y dorado clavado, a modo de saeta. El moro le dijo que, en estando solo, pusiese aquella figura sobre un bufete y que encendiese la vela que estaba sobre su cabeza: la dama acudiría entonces sin falta a su casa y estaría en ella el tiempo que él quisiese, mientras él no le dijese que se fuese. También le dijo que, cuando enviase a doña Inés de vuelta a su casa, no apagase la vela.

Don Diego, aunque no muy seguro de la verdad de lo que el moro afirmaba, estaba contentísimo, pues veía en la figura el natural retrato de su enemiga, y pagó al moro bien a su gusto por el trabajo; y despedido de él, aguardaba la noche como si esperara la vida, y todo el tiempo que la venida de la noche se dilató se le hacía una eternidad: tal era el deseo que tenía de experimentar el encanto.

Esa misma noche, recogida la gente, él se desnudó para acostarse, y dejando la puerta de la casa no del todo cerrada, que así se lo advirtió el moro, encendió la vela, y poniéndola sobre el bufete, se acostó. Cuando la vela empezó a arder, doña Inés, que estaba ya acostada y su casa y gente recogida, porque su marido aún no había vuelto de Sevilla, con la fuerza del encanto de la vela que ardía, forzada de algún espíritu diabólico,

se levantó de su cama, y poniéndose unos zapatos que tenía junto a ella y un faldellín que estaba con sus vestidos sobre un taburete, tomó la llave que tenía debajo de su cabecera, se salió a la calle y se fue a casa de don Diego. Hallando la puerta abierta, se entró, y sin hablar palabra, se metió dentro de la cama donde estaba don Diego quien, viendo un caso tan maravilloso, quedó fuera de sí; mas levantándose y cerrando la puerta, se volvió a la cama, diciendo:

-¿Cuándo, hermosa señora mía, merecí yo tal favor? Ahora sí que doy mis penas por bien empleadas. ¡Decidme, por Dios, si estoy durmiendo y sueño este bien o si soy tan dichoso que, despierto y en mi juicio, os tengo en mis brazos!

A esto y a otras muchas cosas que don Diego le decía doña Inés no respondía palabra. El amante estaba algo pesaroso por parecerle que doña Inés estaba fuera de su sentido con el maldito encanto y que no tenía facultad para hablar, pero quiso gozar la ocasión y, de esta forma, la tuvo con él gran parte de la noche, hasta que, viendo ser hora, se levantó y, abriendo la puerta, le dijo:

-Mi señora, mirad que es ya hora de que os vayáis.

Y en diciendo esto, la dama se levantó, y poniéndose su faldellín y calzándose, sin hablarle palabra, se salió por la puerta y volvió a su casa. Y llegando a ella, abrió, y volviendo a cerrar, sin haberla sentido nadie, o por estar vencidos del sueño, o porque participaban todos del encanto, se echó en su cama. Tan pronto como estuvo en ella, la vela que ardía en casa de don Diego se apagó, como si con un soplo la mataran, dejando a don Diego mucho más admirado. Cuando doña Inés recuperó el perdido sentido, le pareció que despertaba de un profundo sueño: aunque se acordaba de lo que le había sucedido, juzgaba que todo le había pasado soñando, y muy afligida de tan descompuestos sueños, se reprendía a sí misma, diciendo:

-¡Qué es esto, desdichada de mí! ¿Pues cuándo he permitido yo que mi imaginación me represente cosas tan ajenas a mí o qué pensamientos ilícitos he tenido yo con este hombre para que de ellos hayan nacido tan enormes y deshonestos efectos? ¡Ay de mí! ¿Qué remedio tendré para olvidar cosas semejantes?

Con esto, llorando y con gran desconsuelo, pasó la noche y el día, y por la tarde se salió a un balcón, por divertir algo su enmarañada memoria, al mismo tiempo que don Diego pasaba por la calle, para ver si la veía. El galán vio a doña Inés pálida de color y triste, con lo que se convenció de la verdad de lo sucedido. Doña Inés, en el punto en que lo vio, quitándose de la ventana, la cerró con mucho enojo, por lo que comprendió don Diego que doña Inés iba a su casa privada de todo su sentido. Viéndola con la cólera con la que se había quitado de la ventana, se dijo para sí, con una sonrisa en los labios: "Cerrad, señora, que a la noche yo os obligaré a que me busquéis".

De esta manera pasó don Diego más de un mes, llevando a su dama todas las noches a su casa, con lo que la pobre señora andaba descompuesta y asombrada de ver que no se podía librar de tan descompuestos sueños, que tal creía que eran. Doña Inés se encomendaba a Dios y acudía a menudo a su confesor, que la consolaba cuanto era posible, y deseaba que regresase su marido, por ver si con él podía remediar su tristeza. Y cuando ya estaba decidida a enviarle llamar o a persuadirle de que le diese licencia para irse con él, le sucedió lo que ahora oiréis. Y fue que una noche calurosa del verano, muy serena y apacible, con la luna hermosa y clara, don Diego encendió su encantada vela. Doña Inés, que por ser ya tarde estaba acostada, aunque retrasaba el sujetarse al sueño, se adormeció, y obrando en ella el encanto, despertó despavorida, y fue a buscar el faldellín, pero no lo encontró. Y así, en camisa como estaba, se salió a la calle, y yendo encaminada a la casa de don Diego, se encontró con ella el Corregidor, que con todos sus ministros de justicia venía de ronda, y con él don Francisco, su hermano. Cuando ambos vieron a aquella mujer en camisa, tan a paso tirado, le dieron voces para que se detuviese; mas ella callaba y andaba con toda diligencia, como quien era llevada por un espíritu maligno, tanto que les obligó a alargar el paso para alcanzarla. Mas, cuando lo hicieron, doña Inés estaba ya dentro de la casa de don Diego, así que tanto el Corregidor como don Francisco, admirados, fueron testigos, de la siguiente escena: doña Inés metida en la cama con don Diego y la figura de doña Inés sobre la mesa con la vela encendida en la cabeza. Don Diego, entonces, saltando de la cama, les dio voces para que no apagasen la vela, pues se quedaría muerta aquella mujer, y vuelto a ella, le dijo:

-Idos, señora, con Dios, que ya tuvo fin este encanto. Por vos me pesa, que, inocente, padeceréis el castigo.

Y esto lo decía por haber visto al hermano de doña Inés al lado del Corregidor. Como es de suponer, todos reconocieron a doña Inés, también su hermano, pero la autoridad y la presencia del Corregidor evitaron que don Francisco tomase en ella y en don Diego la justa venganza que, a su parecer, merecían.

Se levantó doña Inés, y como había venido, se volvió a ir. Mandó el Corregidor que fuesen la mitad de sus ministros con doña Inés, para comprobar en qué paraba su embelesamiento, que no se apartasen de ella hasta que él dijese otra cosa, y que volviese uno de ellos a darle cuenta de todo. El mismo Corregidor, viendo que de allí a poco la vela se apagó repentinamente, le dijo al infelice don Diego:

-¡Ah señor, y cómo no escarmentasteis de la burla pasada!

Con esto aguardaron el aviso de los que habían ido con doña Inés. Cuando esta llegó a su casa, entró y todos con ella, volvió a cerrar, se fue a su cama y se acostó; y, como en este mismo momento se apagase la vela, ella despertó del embelesamiento, y dando un

grande grito, porque se vio cercada de aquellos hombres y conoció ser ministros de justicia, les dijo que qué buscaban en su casa o por dónde habían entrado, a lo que uno de ellos respondió:

-¡Ay, desdichada señora! ¡Y como habéis estado sin sentido, pues eso preguntáis!

Al grito de doña Inés, acudieron las criadas, alborotadas tanto de oír dar voces a su señora como de ver allí tanta gente. Prosiguiendo el que había empezado a hablar, contó a doña Inés cuanto había sucedido desde que la habían encontrado en la calle hasta ese mismo momento, y cómo su hermano había sido testigo de todo. En fin, porque no se desesperase, según las cosas que hacía y decía y las hermosas lágrimas que derramaba, enviaron a avisar al Corregidor, diciéndole ordenase lo que se había de hacer.

Mientras tanto, el Corregidor, que ya había tomado confesión a don Diego (quien había dicho la verdad del caso, declarando cómo doña Inés era inocente, pues tenía privado su entendimiento con la fuerza del encanto, tal y como la habían visto), lo mandó poner en la cárcel a buen recaudo. A continuación, tomando la encantada figura, se fueron a casa de doña Inés, a la cual hallaron haciendo las lástimas dichas, sin que sus criadas ni los demás pudieran consolarla, pues, a haberse quedado sola, se hubiera quitado la vida. Estaba ya vestida y apoyada sobre un estrado, desmayada y acongojada y, en cuanto entró su hermano, se arrojó a sus pies pidiéndole que la matase, ya que, aunque sin su voluntad, había manchado su honor. Don Francisco, mostrando en el exterior piedad, si bien en lo interior estaba vertiendo ponzoña y crueldad, la levantó y la abrazó, teniéndoselo todos a nobleza. Entonces el Corregidor dijo a doña Inés:

-Sosegaos, señora, que vuestro delito no merece la pena que vos pedís, pues no lo es.

Algo más tranquila la desdichada dama, mandó el Corregidor, sin que ella lo supiera, que algunos de sus hombres saliesen fuera y encendiesen la vela. Apenas fue hecho, doña Inés se levantó y se salió adonde la vela estaba encendida, y en diciéndole que ya era hora de irse, regresaba a su cuarto y la vela se apagaba y ella volvía como de un sueño. Esto mismo lo repitieron muchas veces, mudando la vela a diferentes partes de la casa, hasta que, al final, volvieron con ella a casa de don Diego para encenderla allí: en ese mismo momento, doña Inés se dirigió a la susodicha casa de la manera en que estaba, y aunque le hablaban, no respondía. Con lo que, averiguado el caso, tranquilizada doña Inés y acabando de aquietar a su hermano, que estaba más sin juicio que ella (mas por entonces disimuló), el Corregidor la dejó en compañía de dos guardias, más por amparo que por prisión, pues ella no la merecía, y se fue cada uno a su casa, admirados del suceso. Don Francisco, loco de pena, contó a su mujer todo lo que había pasado, y esta, como al fin era cuñada, le dijo que doña Inés debía de fingir el embelesamiento por quedar libre de culpa. Su marido, que había pensado lo mismo, al punto envió a un criado a Sevilla con una carta dirigida a su cuñado, diciéndole en ella que dejase todas sus

ocupaciones y que regresase en seguida y tan en secreto que no supiese nadie de su venida hasta que se viese con él, pues el caso importaba al honor de ambos.

El Corregidor buscó al moro que había hecho el hechizo, mas no apareció, pero, como consecuencia de su investigación, el caso se divulgó por toda la ciudad e incluso llegó a oídos de la Inquisición. Cuando el correo, en Sevilla, dio la carta a don Alonso, este, confuso y temeroso, se puso de inmediato en camino. Llegó a casa de su cuñado e, informado del caso, los tres, marido, hermano y cuñada, quedaron de acuerdo en vengar su honor perdido en la persona de doña Inés, aunque tenían diferentes pareceres sobre qué género de muerte darían a la inocente y desdichada. La traidora cuñada fue la más cruel de los tres, como se verá, cosa de admirar, pues, siendo mujer como era, pudiera tener piedad de doña Inés.

Acordado, en fin, el modo, don Alonso, disimulando su intención, se fue a su casa y trató a su mujer con caricias y halagos, de modo que la triste doña Inés, ya más tranquila, se recobró un poco, viendo que su marido había creído la verdad y estaba seguro de su inocencia. Y si bien, avergonzada, apenas osaba mirarle, se moderó en sus sentimientos y lágrimas. Pasados unos días, don Alonso, con mucha afabilidad, le dijo a doña Inés que su hermano y él estaban decididos a irse a vivir con sus familias a Sevilla, con lo que doña Inés estuvo de acuerdo. Así pues, se vendieron cuantas posesiones y hacienda tenían en la ciudad y partieron todos con mucho gusto, y doña Inés más contenta que todos, porque vivía afrentada de un suceso tan escandaloso, conocido de todo el mundo. Llegados a Sevilla, tomaron casa a su acomodo y luego despidieron a todos los criados y criadas que habían traído, para hacer sin testigos la crueldad que ahora diré.

En un aposento, el último de toda la casa, en el hueco de una chimenea que allí había, habiendo traído yeso y cascotes y lo demás que era menester, pusieron de pie a la pobre y desdichada doña Inés, que desde entonces no pudo sentarse, y la tabicaron, dejando solo una ventanilla por donde respirase y le pudiesen dar una miserable comida para que no muriese tan rápido. Hecho esto, cerraron el aposento y, aunque después recibieron criados y criadas, ninguno supo de su secreto. Aquí estuvo doña Inés seis años, sin que en todos ellos viese la luz, ajena y apartada de las gentes, llorando y pidiendo a Dios que la aliviase de tan penoso martirio. Pero la divina Majestad permitió en tanto tormento conservarle la vida, o para mérito suyo o para castigo de los que se lo daban. Ninguno de sus tres verdugos tuvo piedad de ella, ni siquiera su cuñada, encargada de la llave del aposento pues, cada vez que le llevaba la comida y el agua, le decía mil oprobios y afrentas. Pero llegó el día en que Nuestro Señor, cansado de sufrir tales delitos, permitió que fuese sacada esta triste mujer de tan desdichada vida, siquiera para que no muriese desesperada.

Y fue el caso que, al lado de la casa en que estaba, había otra casa principal propiedad de un caballero de mucha calidad. La mujer del que digo había tenido una doncella que se

había casado hace años, la cual enviudó, y quedando necesitada, le dio dos aposentos que estaban arrimados al emparedamiento en el que la cuitada doña Inés estaba y que nunca habían sido habitados por nadie. La viuda colocó su cama junto a la pared del lugar donde estaba doña Inés y sucedió que, como siempre se estaba lamentando de su desdicha y llamando a Dios para que la socorriese, la viuda, en el sosiego de la noche, pudo escuchar con claridad su ayes, suspiros y gemidos, aunque, al principio, creyó que se trataba de algún alma de la otra vida y tuvo mucho miedo. Mas, después, como oyese que doña Inés llamaba a Dios y a la Virgen María, juzgó sería alguna persona enferma. Finalmente, una noche, arrimado el oído a la pared, pudo escuchar estas palabras de quien estaba de la otra parte:

-¿Hasta cuándo, poderoso y misericordioso Dios, ha de durar esta triste vida mía? ¿Cuándo, Señor, permitirás que la muerte ejecute en mí el golpe de su cruel guadaña, y hasta cuándo estos crueles y carniceros verdugos de mi inocencia les ha de durar el poder de tratarme así? ¿Cómo, Señor, permites que te usurpen tu justicia, castigando con su crueldad lo que tú, Señor, no castigarás? ¡Ay de mí!, que no deseo salir de aquí por vivir, sino solo por morir católica y cristianamente, que ya la vida la tengo tan aborrecida que, si como el triste sustento que me dan, no es por vivir, sino por no morir desesperada.

Acabó estas razones con tan doloroso llanto que la que escuchaba, movida a lástima, alzando la voz para que la oyese, le dijo:

-Mujer, ¿qué tienes o por qué te lamentas tan dolorosamente? Dímelo, por Dios, y si puedo sacarte de donde estás, lo haré, aunque aventure y arriesgue la vida.

-¿Quién eres tú -respondió doña Inés-, que ha permitido Dios que me tengas lástima?

-Soy -replicó la otra mujer- una vecina de esta otra parte, que hace poco vivo aquí, y en este corto tiempo me has ocasionado muchos temores, tantos cuantos ahora compasiones. Y así, dime qué podré hacer y no me ocultes nada, que yo no excusaré trabajo por sacarte del que padeces.

-Pues si así es, señora mía -respondió doña Inés-, que no eres uno de mis crueles verdugos, no te puedo decir más por ahora, porque temo que me escuchen, sino que soy una triste y desdichada mujer, a quien la crueldad de un hermano, un marido y una cuñada tienen puesta en tal desventura que me mantienen encerrada en un estrecho y oscuro lugar y de esto no hace un día ni dos, porque aunque aquí no sé cuándo es de día ni de noche, ni domingo, ni sábado, ni pascua, ni año, bien sé que hace una eternidad de tiempo. Y si esto lo padeciera con culpa, ya me hubiera consolado y conformado. Pero sabe Dios que no la tengo, y lo que temo no es la muerte, que antes la deseo, sino que perder el alma es mi mayor temor, porque muchas veces me viene a la imaginación hacer cuerda con mis propias manos a mi garganta para acabarme; mas luego considero que es

el demonio, y pido ayuda a Dios para librarme de él.

-¿Qué hiciste que los obligó a tal? -dijo la mujer.

-Ya te he dicho -dijo doña Inés- que no tengo culpa; mas son cosas muy largas y no se pueden contar. Ahora lo que has de hacer, si deseas hacerme bien, es irte al Arzobispo o al Asistente y contarle lo que te he dicho, y pedirles vengan a sacarme de aquí antes de que muera, que te aseguro que está ya tal mi triste cuerpo que pienso que no viviré mucho, y te pido por Dios que sea enseguida, que me importa mucho mi alma.

-Ahora es de noche -dijo la mujer-; ten paciencia y ofrécele a Dios esto que padeces, que yo te prometo que, siendo de día, yo haré lo que pides.

-Dios te lo pague -replicó doña Inés-, que así lo haré, y reposa ahora, que yo procuraré, si puedo, hacer lo mismo, con las esperanzas de que has de ser mi remedio.

-Después de Dios, créelo así -respondió la buena mujer.

Y con esto, callaron. Venida la mañana, la viuda bajó a su señora y le contó todo lo que le había pasado, de lo que la señora se admiró y lastimó, y si bien quisiera aguardar a la noche para hablar ella misma a doña Inés, temiendo el daño causado si aquella pobre mujer se muriese así, no lo dilató más, antes mandó preparar el coche. Y porque con su autoridad se diese más crédito al caso, se fue ella con la viuda ante el Arzobispo, dándole cuenta de todo lo que se ha dicho, el cual, admirado, avisó al Asistente, y juntos con todos sus ministros, seglares y eclesiásticos, se fueron a la casa de don Francisco y don Alonso, y cercándola por todas partes, para que no se escapasen, entraron dentro y prendieron a los dichos y a la mujer de don Francisco. Los traidores, marido, hermano y cuñada, al principio lo negaban todo; pero viendo que el Arzobispo y el Asistente estaban bien informados del caso, confesaron la cruel verdad. La cuñada entregó la llave del aposento, subieron donde estaba la desdichada doña Inés y esta, como sintió tropel de gente, imaginando lo que sería, comenzó a dar voces de socorro. En fin, derribando el tabique, la sacaron.

Aquí entra ahora la piedad, porque, cuando la encerraron allí, no tenía doña Inés más de veinte y cuatro años y ya habían pasado, como tenemos dicho, seis desde entonces. Y así, aunque tenía los ojos claros, estaba ciega de la oscuridad, porque es cosa asentada que, si una persona estuviese mucho tiempo sin ver luz, cegaría; sus hermosos cabellos, que cuando entró allí eran como hebras de oro, estaban blancos como la misma nieve, enredados y llenos de animalejos; su rostro era del color de la muerte; estaba tan flaca y consumida que se le señalaban los huesos, como si el pellejo que estaba encima de su cuerpo fuera un delgado cendal; desde los ojos hasta la barba, se podían observar dos surcos excavados en la carne por la acción de sus lágrimas; los vestidos estaban hechos

ceniza y estaba prácticamente desnuda; las inmundicias y la basura que de su cuerpo echaba llenaban el hediondo lugar; la propia carne estaba comida hasta los muslos de llagas y gusanos. No hay más que decir sino que causó a todos tanta lástima que lloraban como si doña Inés fuera hija de cada uno.

Así como la sacaron, doña Inés pidió que si estaba allí el señor Arzobispo, la llevaran ante él, y así fue hecho, cubriéndola antes con una capa. Doña Inés se echó por el suelo, besó los pies del Arzobispo y pidió su bendición, contando en sucintas razones toda su desdichada historia. Después, llevaron a doña Inés a casa de la viuda y de su señora, teniendo la precaución de no pasarla por la calle, para lo que rompieron la pared que separaba ambas casas por la parte en que estaba doña Inés. Una vez allí, la noble señora mandó preparar una regalada cama, puso a doña Inés en ella, llamó a médicos y cirujanos para curarla y ordenó le dieran de comer, porque era tanta su flaqueza que temía que se muriese. Mas doña Inés no quiso tomar cosa hasta recibir los sacramentos de la confesión y la comunión. Un tiempo después, ya sana y restituida su hermosura, aunque ciega, doña Inés entró en un convento con dos criadas, sustentándose de la gruesa hacienda de su hermano y marido, donde hoy vive haciendo vida de santa. Quien la vio cuando la sacaron de la pared y después afirma que es doña Inés una de las más hermosas mujeres que hay en el reino del Andalucía, porque, aunque está ciega, como tiene los ojos claros y hermosos como ella los tenía, no se le echa de ver que no tiene vista.

Retomando el hilo de esta historia en el momento preciso en el que doña Inés contó el caso al Arzobispo, es menester contar que el Asistente, nada más oír la triste historia de boca de doña Inés, ordenó encerrar en la cárcel a su marido, su hermano y su cuñada, con grillos y cadenas, de suerte que no se viesen los unos a los otros, afeando a la cuñada más que a nadie su crueldad, a lo que ella respondió que hacía lo que le mandaba su marido. El Asistente sustanció el proceso de los reos, y averiguado todo, los condenó a los tres a muerte, que fue ejecutada en un cadalso, por ser nobles y caballeros, sin que les valiesen sus dineros para alcanzar el perdón, por ser el delito de tal calidad.

Todo este caso es tan verdadero como la misma verdad, que ya digo me lo contó quien se halló presente. Ved ahora si puede servir de buen aviso y consejo a las damas, pues si a las inocentes les sucede esto, ¿qué esperan las culpadas? Pues en cuanto a la crueldad para con las desdichadas mujeres, no hay que fiar en hermanos ni en maridos, que todos son hombres. Y como dijo el rey don Alfonso el Sabio, el corazón del hombre es bosque de espesura, dentro del que nadie puede hallar senda, donde la crueldad, bestia fiera e indomable, tiene su morada y habitación.